



CATEQUESIS DÍA 32 - TRATADO [243 - 256]

Estamos en el día trigésimo segundo. Ya no falta nada para nuestra consagración. Y nos toca meditar hoy sobre dos prácticas exteriores que hacen a esta verdadera devoción a María y que ciertamente son centrales en ella. Dos prácticas que, podemos decir, no se pueden obviar. Son esenciales.

La primera es recordar con especial devoción y admiración al misterio del Verbo Encarnado, o sea, Dios en cuanto que es hombre. A la Segunda Persona de la Trinidad que asumió la naturaleza humana para redimirnos. En especial, dice el santo, hay que recordar y festejar particularmente la Solemnidad de la Anunciación, cuando Dios se hizo hombre en el seno de la Virgen María. Es el momento exacto cuando la historia se dividió en dos y la eternidad irrumpió en la historia.

Pero lo que más le interesa a san Luis es ver en este hecho, en la Encarnación de Verbo Eterno, que justamente el Verbo del Padre se hace «dependiente» de María Santísima. Se hace su prisionero, para vivir en Ella, de Ella y por Ella. Por eso decimos que Dios es el primer esclavo de amor de María Santísima, porque se hizo su Hijo en el vientre y quedó totalmente a disposición de Ella.

Dice san Luis que es una «*dependencia que se manifiesta de modo especial en este misterio, en el que Jesucristo se halla prisionero y esclavo en el seno de la excelsa María, en donde depende de Ella en todo y para todo*» (VD, 243).

Cuando nos hacemos esclavos de amor de la Virgen, lo que hacemos es, en primer lugar, imitar a Jesucristo quien se escondió en María Santísima por nueve meses. Debemos entonces honrar y venerar este misterio de Dios hecho hombre en María Virgen.

Este misterio además es hoy por hoy sumamente atacado por quienes niegan que Dios se haya hecho hombre, o sea, por quienes niegan que Jesucristo sea Dios. Decía san Juan Pablo II en el año 2001:

«Vivimos en un tiempo caracterizado, a su manera, por el rechazo de la Encarnación. Por primera vez desde el nacimiento de Cristo, acontecido hace dos mil años, es como si él ya no encontrara lugar en un mundo cada vez más secularizado. No siempre se niega a Cristo de manera explícita; muchos incluso dicen que admiran a Jesús y valoran algunos elementos de su enseñanza. Pero él sigue lejos: en realidad no es conocido, amado y obedecido; sino relegado a un pasado remoto o a un cielo lejano... Nuestra época niega la Encarnación de muchos modos prácticos»¹.

Es justamente por esto, por negar el hecho de que Dios se ha hecho carne, por negar que Jesucristo es Dios y por ende la felicidad de misma del hombre, que hoy mucha gente no

¹ JUAN PABLO II, *Carta con motivo del Capítulo General de la Orden de los Frailes Predicadores*, 28 de junio 2001.



encuentra su rumbo en esta vida. Decía san Juan Pablo II: «*el Verbo Encarnado, no sólo revela Dios al hombre, sino que también manifiesta plenamente el hombre al propio hombre*»².

Es, entonces, este misterio del Verbo Encarnado el centro y origen de esta devoción verdadera a María Santísima en materna esclavitud de amor. Lo dice así san Luis: «El principal misterio que se honra y celebra en esta devoción es el misterio de la encarnación. En él Jesucristo se halla presente y encarnado en el seno de María» (VD, 246). Con esta devoción, buscamos a Jesús que vive en María.

Todo esto lo expresan el santo de Monfort con palabras llenas de admiración:

«El tiempo no me permite detenerme aquí para explicar las excelencias y grandezas del misterio de Jesús que vive y reina en María, es decir, de la encarnación del Verbo. Me contentaré con decir en dos palabras que éste es el primer misterio de Jesucristo, el más oculto, el más elevado y menos conocido; que en este misterio, Jesús en el seno de María -al que por ello denominan los santos la sala de los secretos de Dios escogió, de acuerdo con Ella, a todos los elegidos; que en este misterio realizó ya todos los demás misterios de su vida, por la aceptación que hizo de ellos: Por eso, al entrar en el mundo, dice él: "Aquí estoy yo para realizar tu designio..." (Heb 4,16); que este misterio es, por consiguiente, el compendio de todos los misterios de Cristo y encierra la voluntad y la gracia de todos ellos; y, por último, que este misterio es el trono de la misericordia, generosidad y gloria de Dios» (VD, 248).

La **segunda práctica** de la cual hoy tenemos que hablar es ciertamente la más importante entre las externas, y es la del rezo del santo Rosario.

La verdad es que no hay mucho para agregar. El texto de san Luis que va del número 249 al 254 es uno de los más hermosos y profundos que se han escrito sobre la avemaría y el rosario.

Este puede ser que sea el párrafo más hermoso de entre todos estos: «*El avemaría bien dicha, o sea, con atención, devoción y modestia, es -según los santos- el enemigo del diablo, a quien hace huir, y el martillo que lo aplasta. Es la santificación del alma, la alegría de los ángeles, la melodía de los predestinados, el cántico del Nuevo Testamento, el gozo de la Santísima Virgen y la gloria de la Santísima Trinidad. El avemaría es un rocío celestial que hace fecunda al alma, es un casto y amoroso beso que damos a María, es una rosa encarnada que le presentamos, es una perla preciosa que le ofrecemos, es una copa de ambrosía y néctar divino que le damos» (VD, 253).*

Hay que leer esos párrafos con muchísima atención y enamorarse de la avemaría y del rosario. Para Juan Pablo II esta era su oración preferida³. Todos los santos la han tenido en gran estima.

La Virgen de Fátima claramente lo pidió, y hay una anécdota con san Francisco Marto que ilustra esto. Fue de hecho durante la primera aparición. Lo narra Lucía:

² JUAN PABLO II, *Ángelus*, 17 de octubre 1993.

³ Cf. *Ángelus*: L'Osservatore Romano ed. semanal en lengua española, 5 noviembre 1978, 1.



«Entonces Nuestra Señora nos dijo: – No tengáis miedo. No os voy a hacer daño.— ¿De dónde es Vd.? – le pregunté. – Soy del Cielo. – ¿Y qué es lo que Vd. quiere? – Vengo a pedirlos que vengáis aquí seis meses seguidos, el día 13 a esta misma hora. Después os diré quién soy y lo que quiero. Mientras oía esta esta respuesta, el pensamiento de que estaba hablando con una persona venida del Cielo, me animó a preguntarle si también a mí me sería concedida la dicha de ir para el Cielo: —¿iré yo al Cielo? – Sí, vas. – Y, ¿Jacinta? – También. – Y ¿Francisco? – También; pero tiene que rezar muchos Rosarios». Rezar muchos rosarios...

Ave María Purísima, sin pecado concebida.